

Lo que dijo Harriet





Lo que dijo Harriet



BERYL BAINBRIDGE

*Traducción del inglés a cargo de
Alicia Frieyro*



IMPEDIMENTA



Título original: *Harriet Said...*

Primera edición en Impedimenta: enero de 2015

Copyright © 1972, Beryl Bainbridge

Copyright de la traducción © Alicia Fricyro, 2015

Copyright de la presente edición © Editorial Impedimenta, 2015

Benito Gutiérrez, 8. 28008 Madrid

<http://www.impedimenta.es>

Diseño de colección y coordinación editorial: Enrique Redel

Corrección: Susana Rodríguez

ISBN: 978-84-15979-55-5

Depósito Legal: M-36837-2014

IBIC: FA

Impresión: Kadmos

Compañía, 5. 37002, Salamanca

Impreso en España

Impreso en papel 100% procedente de bosques gestionados de acuerdo con criterios de sostenibilidad.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Para lord Roland

I

Harriet dijo: «Ni se te ocurra, tú camina». Quise girarme y mirar atrás, hacia la casa oscura, pero ella me tiraba del brazo con fiereza. Cruzamos el prado de la mano, como dos niñas pequeñas.

No sabía qué hora era, lo tarde que se nos había hecho. Tan solo tenía la certeza de que esta vez poco importaba. Antes de llegar a la carretera, Harriet se detuvo. Pude sentir su aliento en mi rostro, y por encima de su hombro alcancé a ver las farolas iluminadas y las pequeñas casas, todas dormidas. Levantó la mano y pensé que me golpearía, pero solo me rozó la mejilla con los dedos. Dijo: «No te echas a llorar aún».

—Ahora no quiero llorar.

—Espera a que lleguemos a casa.

La palabra «casa» hizo que se me encogiese el corazón, de tan extraño que me resultaba el lugar: «Cuando llegue,

papá ya tendrá mi billete de tren para regresar al colegio. Lo habrá dejado sobre la mesa del vestíbulo».

—O detrás del reloj —dijo Harriet.

—Lo compra solo de ida. Supongo que es más barato.

—Y podrías perder la otra mitad.

—Sí —dije.

Permanecimos un momento mirándonos y se me ocurrió que tal vez fuera a besarme. No lo había hecho jamás, nunca en todos los años que llevaba amándola. Ella dijo: «Confía en mí, yo sé qué es lo mejor. Él tuvo toda la culpa. A nosotras no pueden echarnos nada en cara».

—Claro que confío en ti.

—Bien. De nada sirve seguir aquí plantadas. Cuando diga «corre», tú echa a correr. Cuando diga «grita», tú grita. No te pares, por nada del mundo dejes de correr.

—Sí —dije—, lo haré, si crees que eso es lo mejor.

—Corre —dijo Harriet.

Así que atravesamos a toda velocidad la última extensión de prado y Harriet no me pidió que gritara, o por lo menos no la oí, porque estaba gritando con todas sus fuerzas —unos alaridos terribles y profundos que rasgaron la oscuridad—, corriendo muy por delante de mí, saliendo a trompicones a la carretera, donde la luz de la primera farola iluminó sus trenzas desbocadas. A mí no me quedaba aliento para gritar con ella. Solo deseaba darle alcance y decirle que dejara de armar aquel escándalo. Alguien salió de una casa y me llamó, pero no me atreví a detenerme. Si no podía gritar, al menos sí que podía correr tal y como ella me había pedido. Un perro ladraba. Entonces doblamos la curva de la

calle y vi que se encendían luces en las casas y que mi madre estaba en el porche de casa con un puño en la boca. Solo entonces conseguí gritar. Sobre la cabeza de mi madre pendía la cesta de malla de alambre, rebosante de flores azules, exentas de color en la noche.

Sí que reparé, a pesar de las circunstancias, en el modo tan extraño en que se comportaban todos. Mi madre nos hizo pasar a la cocina, incluso a los padres de Harriet cuando llegaron, y eso era rarísimo. Las visitas nunca pasaban del salón. Y el padre de Harriet llevaba la camisa de rayas cerrada con un pequeño botón blanco solamente, sin cuello. Harriet había enmudecido. Temblaba entre los brazos de su madre. Fui yo quien tuvo que contarles lo sucedido. Entonces Harriet recuperó el habla repentinamente y gritó, muy alto: «Estoy asustada»; y lo estaba. La miré a la cara, el rostro arrasado por las lágrimas, y pensé, pobrecita Harriet, sí que estás asustada. Mi padre y su padre pasaron a la otra habitación para telefonar a la policía. Mi madre me preguntaba si estaba segura una y otra vez, si estaba segura de que había sido el señor Biggs.

Y por supuesto que estaba segura. Después de todo, hacía años que lo conocía.